

LEYENDA en las CUMBRES

DIRECCION:

Al director del «Carlos Ruiz» de Navalcarnero, mi primo y padrino y aficionado a la investigación de Historia local.

JÁLAMA! Cono de lejos, pirámide triangular de cerca. ¡Viejo chapitel deformado! Su cúspide—tosca aguja de un gótico geológico—apunta eternamente a la bóveda— toda de cañón añil— de los cielos. A su sombra de altísimo ciprés petrificado duermen pueblos extremeños, salmantinos. De los primeros sube a la cima el ritmo de una poesía de naranjos y olivos. Oro y paz. De los segundos una poesía tremendista, de llanura con quebradas, con paisaje moral de «chorrillo madrileño». Y de más lejos, de tierras lusitanas, sube una poesía blanca, de aldeas enjalbegadas de cal, abiertas al sol, con ríos de luz en sus pequeñas calles magníficamente urbanizadas.

Sentado en sus aristas de pirámide triangular entra en los huesos una intensa sensación de fuerte parálisis de vida, movimiento, ajeteo. Por el vientre abajo se precipitan ligeros regatos de cristales que semejan en el terreno rasguños de plata. Son húmedas serpientes. Se retuercen y estrellan entre helechos sobre acuchillados pedernales. Chorros de agua que quieren cabrillear. Agua saltarina de piedra en piedra u oculta en el brezal, arrastrando en sus vísceras que se desparraman en lecho berroqueño cantidades de estaño y pepitas del metal rey, sedimentándose luego en el valle, en remansos con fondo plomizo de pizarras gredinas.

A menudo, aun en días de verano, su vértice se arropa con gasas celestes de nubes que en la ladera luego se tienden en jirones que se difuminan y se evaporan en valles y cañadas. Otras veces es una roca emergida en la que encallará la inmensa nube—trasatlántico cargado de «crema azoriniana»— que navega por un mar de plástico.

Y todo esto envuelto en grávida serenidad, en enorme silencio de cumbres, sólo roto por aletazos y graznidos de cuervos o milanos, que se elevan trazando circunferencias en las que quedan presos los rayos del foco solar. Sólo en la tarde que chochea, cuando el sol ago-

tado incendia el horizonte luso en estertores de agonía hispana, sube arriba un bullicioso tintineo de esquilas... esquilas... que prenden en la tarde que se va, un viejo lirismo de nuestros campos ganaderos. Y en las torrenteras del éste ya pintadas de sombras se apaga una copla con dejos de música árabe. Esto Xálima. Etimológicamente: «Pecho hermoso de mujer».

Bello cuadro: El más alto monte de la Alta Extremadura: 1.710 m y 25 Km de base. Fondo triangular, gran símbolo de una masonería natural. Todo ello engastado en graníticos relieves cárdenos, esmaltado de lentiscas, tomillos, etc., que impregnan el ambiente.

LAS OBRAS DE LOS HOMBRES

En sus picachos y laderas restos de antiquísimas construcciones. Parte norte. A cien metros del último peñón «La Nevera»; pozo octogonal. El interior revestido de sillares; cinco metros el diámetro de su boca; siete el total de su profundidad.

El interior está lleno de peñascos rodados. Destinados como su nombre indica a conservar el elemento de tonos de armíño que en grandes proporciones cae y cubre la mole del triángulo, sobre todo en la cara de la jurisdicción de Salamanca. «Por orden del Duque de Osuna, general de la frontera la construyeron las tropas con guarnición en Sierra de Gata durante la guerra de Sucesión; fecha: año 1662. De esta nevera se abastecía el Duque y la guarnición del Fuerte de la Concepción en Aldea del Obispo» (1).

En sus faldas dos calzadas. Sólo algunos tramos se conservan. Una parte de la cabecera de puente de San Martín de Trevejo y serpentea hasta la mitad de la loma.

La otra partía de Villamiel. Pasado el desfiladero del Hocino se fundian ambas en la misma loma. Esta última fué reconstruida por el Ilmo. Sr. D. Andrés Xerez, uno de los miembros de la aristocrática familia villamelana de los Xerez, todos ricos prevendados ilustres sucediéndose tíos y sobrinos en el deanato y provisorato del obispado de Ciudad Rodrigo, en la cátedra de leyes de Salamanca, confesores de Fernando VII y grafiar del Toisón de Oro. Por dicha calzada hacían el viaje de Salamanca y Ciudad Rodrigo los ricos eclesiásticos de Villamiel para pasar temporadas en su palacio, que también construyó D. Andrés Xerez. En la fachada principal de sillares perfectos, labrado su escudo, documento de identidad de su grandeza humana.

Remata el antiguo bonete de los canónigos civitatenses. Y en uno de los cuarteles hecho piedra, el jarro de azucenas de la catedral cuyo cabildo presidía.

Y Ermitas dos. ¿Por qué los montes de España estarán coronados de Monasterios célebres o Ermitas derruidas y olvidadas? Son antenas o colectores de hondas de Dios.

(1) Datos tomados de los cuadernos manuscritos (Jálama, n.º 1) del reverendo D. Samuel Sousa Bustillo, párroco de El Payo.

Una de la jurisdicción de Acebo; la otra de San Martín de Trevejo. Atornilladas las ruinas de la primera casi en la cúspide, faro espiritual para aquellos abuelos que abajo en arábigos valles cultivaron el naranjo. Pequeñita, sola, en silencio, en un vallecito recortado como una casita solitaria de la inmensa llanura castellana, la otra.

Difícil identificar las advocaciones de una y otra. El autor de los cuadernos Jálama, donde he encontrado la leyenda dice que la primera estaba dedicada a San Casiano y la del valle muy posterior a la de la cima según tradición, lo estaba a San Blas. ¿Dónde ha conocido esa tradición? ¿Qué le merece? No lo dice. Creo está equivocado el reverendo Sousa al hacerla suya.

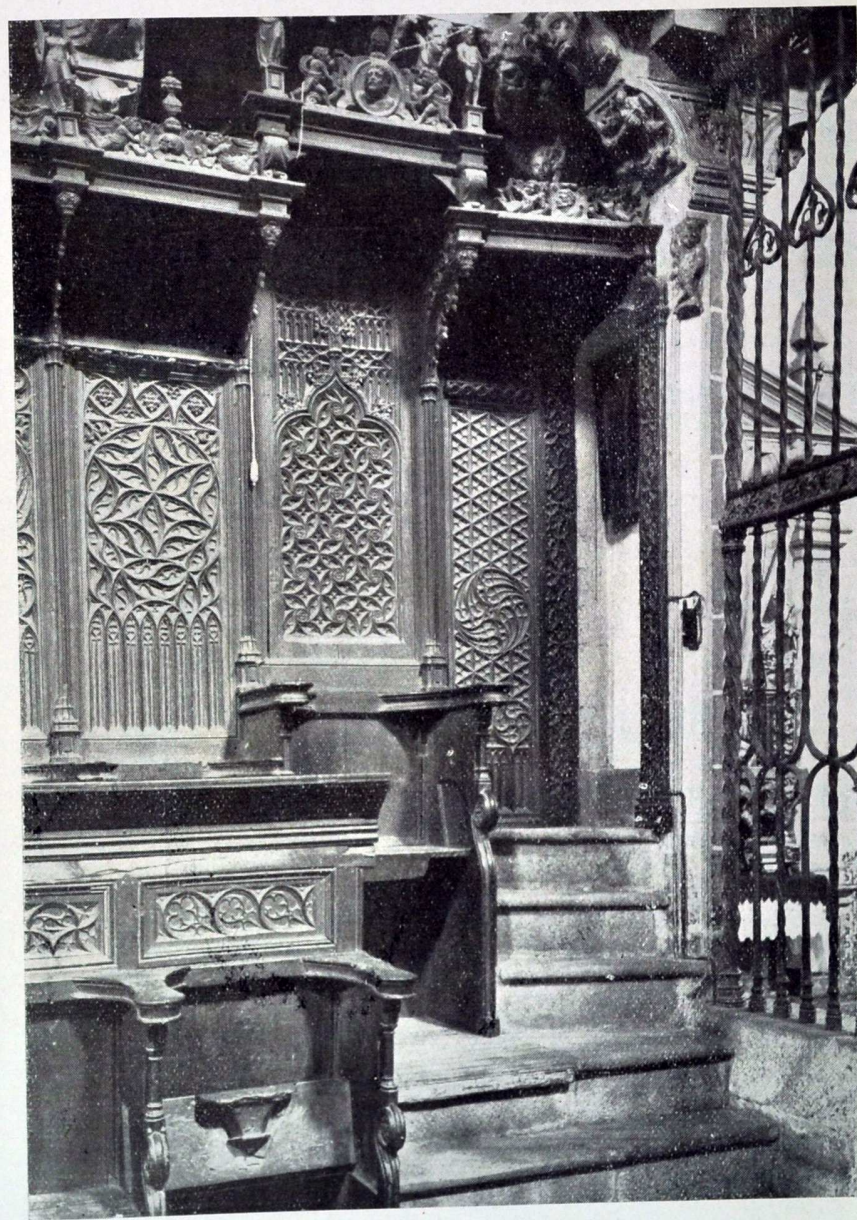
En conversación sostenida con el señor párroco de Acebo, don José Porras, decía que la de arriba debía estar dedicada a San Blas. Se funda en datos del archivo de su cargo. No puedo ofrecerlos «ad pedem litterae», por falta de tiempo. En tales datos se habla en términos lastimosos del abandono en que se halla la ermita de San Blas que está «en lo alto de Xálama». Luego se habla del traslado de dicha imagen al pueblo de los encajes, quedando la de Jálama totalmente abandonada. Por lo que el Sr. Párroco de N. S. de los Angeles hablando de las ermitas sitas en su jurisdicción dice con buen humor: San Blas (bis).

Por otra parte ¿San Blas pertenecía a San Martín de Trevejo, considerando lo celosos que de sus derechos eran los pueblos, cómo es que la imagen se traslada a Acebo? No lo veo, al menos, que hubiese alguna protesta o acuerdo entre ambos que al presente desconozco. Además, cuando comienza la leyenda dice: En la falda de la sierra... luego si en la falda no en la cúspide. Sigue: oculta... por un frondoso bosque... allí imposible lo de frondoso y lo de bosque. ¡Claro que es leyenda! Fué una u otra es indiferente. Nuestro propósito es divulgar, como fué deseo del reverendo Sousa, la leyenda que afirma haber visto en un librito que en su época se utilizaba para la lectura en las escuelas, no sé si de su parroquia, y que recogió en los cuadernos manuscritos «Jálama» que han llegado a mí, que ocupó su puesto de otros días en el pastoreo de almas.

LAÑ OBRAS DE DIOS

Leyenda de Jálama: «El ermitaño y el rayo»: En la falda de la Sierra más alta de Extremadura, Jálama, existió, hace muchos años una ermita, la ermita de San Casiano, oculta a la mirada del pasajero, por un frondoso bosque y rodeada de innumerables cuervas. Vivía en dicha ermita Martín, un buen anciano, que, según contaban los que lo conocieron, perteneció a distinguida y rica familia cacereña.

Es curiosa la historia de Martín el ermitaño, y además de interesante, provechosa a los lectores. Voy a contársela: Los padres de Martín tuvieron dos hijos, el nombrado y José. Martín y José eran genios muy opuestos. Mientras el carácter del primero era díscolo,



ALBUM EXTREMEÑO.—Un aspecto del Coro de la Catedral de Coria. (Foto Mas)

atrevido, temerario, el de José se distinguía por su obediencia y sencillez.

Ocurrió un día que Martín, desoyendo los consejos de sus padres, propuso a su hermano que le acompañase a una cacería. José le advirtió, una y más veces que no era prudente tal propósito por desconocer ambos el manejo de las armas de fuego. No debió convencerse Martín cuando a la puesta del sol salieron los dos hermanos provistos de flamantes escopetas y otros efectos necesarios. Internáronse en un espeso bosque.

Eligieron dos sitios de aguardo por donde según Martín, debían pasar algunos corzos. En actitud expectante estuvieron los dos hermanos poco más de media hora, cuando el ruido de pasos, hizo suponer a Martín que se acercaba alguna pieza. No se engañaba. Dos hermosos ciervos cruzaban a poca distancia de él. Martín montó precipitadamente la escopeta; sonó un disparo y al poco rato, se oyó un ¡Ay! lastimoso producido por una leñadora; la bala había atravesado un brazo de la pobre mujer, cuya presencia pasó inadvertida para Martín en el momento crítico del disparo.

Poco tiempo después, Martín prometía ante un cuadro de la Virgen una penitencia como expiación del delito que su imprudencia le hizo cometer. Han transcurrido cuarenta años desde los anteriores sucesos. Martín es ermitaño de San Casiano. Se mantiene de las limosnas que recoge en los pueblos inmediatos, si bien pasa plaza en algunos de poseer una inmensa fortuna.

Era una cruda tarde de invierno. Una imponente tormenta se formaba en el espacio. Martín postrado de rodillas, ante un crucifijo que pendía de las paredes de una cueva próxima a la ermita, fué a levantarse cuando cuatro manos hercúleas le sujetaron por el cuello. El ermitaño incorporóse como pudo y se encontró frente a frente de dos hombres que le dijeron: Venimos por tu fortuna o por tu vida.

Mi fortuna, contestó el anciano, la tengo despreciada hace cuarenta años, y mi vida pertenece a Dios: No mientas,—dijo uno de aquellos hombres—venimos por tu tesoro, y si nos lo niegas morirás sin remedio. Pasaron algunos segundos de silencio interrumpido por Martín que con sonrisa de mártir exclamó: Pues bien, señores, salid de esta cueva y os enseñaré el lugar donde guardo mi tesoro. ¿Conocéis el corpulento árbol llamado Matusalén, que hay al terminar el puente de los Gitanos? Sí,—dijeron los bandidos. Pues meted la mano en el hueco que hay en dicho árbol y encontraréis el tesoro que tengo.

Si nos engañas,—se atrevió a decir uno de aquellos hombres,—pagarás con tu vida. Os juro que no,—replicó Martín. Los bandidos tomaron la dirección que el ermitaño les había dado. La tormenta continuaba cada vez más imponente. Los bandidos caminaban deprisa. Al llegar al puente, que les había indicado Martín, los truenos y relámpagos se sucedían con frecuencia. La lluvia era torrencial.

Al siguiente día el ermitaño se dirigió al árbol Matusalén, estuche de su tesoro. ¡Gran sorpresa recibió el pobre viejo! Al pie del árbol había dos cadáveres carbonizados por una chispa eléctrica. Postró-

se de rodillas Martín, rezó por ellos, y metiendo después la mano por el hueco del árbol Matusalén, sacó un libro con forro de pergamino en cuyas pastas se leía: «Tesoro del Alma».

Hoy solas las sierras. Se hincha más el enorme silencio de cumbreros. Se borran las sendas. Sólo la esquila toca sobre las ruinas una oración y el zagal que llega a la ladera salmodia un salmo profano, y por las noches, sumida en profundo éxtasis, reza lirismos y nocturnos la luna, como una hostia de canela.

Más arriba Martín y más arriba su Dios.

GREGORIO CARRASCO MONTERO

Sacerdote



3 ESCRITORES EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio, por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excma. Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
LIBRERIAS DE CACERES

Los niños sueltos

A mi madre

A mi madre

I

EL NIÑO SUELTO

Lleva el aire unos aires
de niño suelto...

Tiene una piel sin carne,
lisa, sin hueso.

Entra, sale, se vuelve
dando portazos.

Luego
nos acaricia.

Se alarga,
se aguza como un gran perro
galgo, silbando.

Remeda
jugando al eco
y anda con la veleta
en la torre, sin miedo.
Levanta polvo
molesta y se va corriendo.

Tiene el aire unas cosas,
madre, de niño suelto...